

Prólogo

Mario Bunge

Hace unos años, el autor de este libro descubrió que algunos de sus pacientes sufrían no sólo de alguno de los males habituales, sino también de una ilusión dañina: creían en la eficacia de una de las numerosas terapias “espirituales” que se vienen fabricando y vendiendo desde los albores de la civilización.

En tiempos pasados, las pseudomedicinas eran practicadas por chamanes o médicos-brujos, y los pseudomedicamentos eran vendidos en ferias por charlatanes que se enrollaban culebras en el cuello para llamar la atención de los paseantes. Eso sucedía antes.

Desde entonces hemos progresado: hoy las terapias espirituales se encuentran también en universidades y en clínicas médicas prestigiosas. A mi mujer le recomendaron acupuntura en el famoso Royal Victoria Hospital de Montreal, Canadá, y a mí me aconsejaron agüita homeopática en el recinto de una academia de medicina. Incluso escuelas médicas antes famosas por su rigor científico ofrecen hoy másteres en pseudomedicinas. A este nivel sótano ha llevado la reconcepción de la universidad como empresa comercial que ofrece en venta cuanto pida el paciente/cliente.

Pero no seamos demasiado exigentes con las facultades de medicina que albergan a pseudomédicos, porque en las de ciencias pululan los físicos que enseñan la existencia de universos paralelos nacidos a partir de la nada, teorías que postulan cuerdas o membranas inaccesibles al experimento o que la realidad es generada

por la medición, como si el mundo hubiera empezado recién gracias a los laboratorios modernos.

El desatino florece por doquier porque somos básicamente crédulos y creemos, con razón, que los demás obran de buena fe mientras no se pruebe lo contrario. La escuela refuerza estas actitudes al premiar la memorización y desalentar el debate racional. Son pocas las universidades que ofrecen cursos de crítica de las pseudociencias.

Alarmado al constatar que la clientela de las empresas pseudomédicas va aumentando en lugar de disminuir con el avance de la medicina científica, el cardiólogo Sanz Larrínaga decidió ampliar su consultorio hasta abarcar a todos los lectores de nuestra lengua. En efecto, esta es la tercera dosis del antídoto contra la pseudomedicina proveniente del Laboratorio Sanz Larrínaga, que llamaremos SL™.

¿Qué tienen en común las distintas terapias espirituales, desde la mano santa hasta el psicoanálisis? Nos lo dice el propio autor. Primero, todas ellas presuponen que lo espiritual es independiente de lo material y superior a este, tal como lo vienen asegurando las religiones y los filósofos espiritualistas.

Segundo, cualquiera aprende en poco tiempo el abecé de cualquiera de esas pseudomedicinas, mientras que el dominio de la medicina propiamente dicha requiere por lo menos una década de estudios y prácticas exigentes.

Tercero, la creencia en la eficacia de una terapia pseudomédica no se basa en investigaciones experimentales ni en controles estadísticos: se cree en su eficacia porque Fulano dice que le hizo bien o porque lo aseguró Mengano, hombre de poco estudio pero amplia experiencia.

Gentil lector/a: le aconsejo que ensaye la pócima SL™ porque inmuniza contra una enorme cantidad de venenos mentales que se venden sin receta. SL™ no actúa directamente sobre los receptores encaramados en células, sino indirectamente, enseñándonos a pensar correctamente en enfermedades y terapias, empezando por preguntarnos cómo se generan los males y cuáles son los mecanismos de acción de los remedios y pseudoremedios.

Mal que le pese al Dr. Sanz Larrínaga, su tratamiento con SL™ no es químico sino espiritual, o sea, cerebral. Además, funciona.

Créamelo, porque a mi prima favorita y a su mejor amiga esta actitud crítica les salvó la vida, y a mí me la cambió. Además, sin quererlo, mi admirado doctor nos divierte al infomarnos sobre ciertas prácticas pseudomédicas estrafalarias, así como al advertirnos contra las travesuras del Doctor Placebo. Francisco de Quevedo, el gran poeta satírico y crítico implacable de la palmística y otros errores comerciados, habría admirado este libro.

Termino con algunas advertencias similares a las que figuran en los frasquitos en que vienen los antidotos:

Advertencia #1. Dispóngase a someterse a la única terapia espiritual eficaz: la discusión racional y fundada en datos e hipótesis fundados.

Advertencia #2. No deje este libro al alcance de los niños, porque los chicos ingenuos podrán adoptar alguna de las creencias expuestas en él, y los listos les perderán el respeto a sus mayores si creen que lo leen para ensayar algunas de las terapias que desmonta el autor.

Advertencia # 3. No lea más de dos capítulos seguidos porque el desenganche de mandíbulas es un procedimiento doloroso.

*Mario Bunge, PhD, FRSC
John Frothingham Emeritus Professor in Philosophy
Department of Philosophy, McGill University
Montreal, Canada*